
Identidad cultural e identidad política en Puerto Rico: mitos y realidades¹

Justin Daniel

*Centro de Investigación sobre los
Poderes Locales en el Caribe
Universidad de las Antillas y de la Guyana*

En este fin de siglo donde todo parece desmoronarse, muchas certidumbres antes consideradas aceptables se han sacudido. De manera significativa, hoy en día son cada vez más numerosas las interrogantes sobre la pertinencia de enfoques y categorías movilizadas por las ciencias sociales en torno a los complejos cambios que afectan a los sistemas sociales y políticos, los Estados y las culturas. Desde este punto de vista, la acumulación de diferencialismos que a veces han degenerado en violencias incontrolables constituye un desafío evidente para las ciencias sociales. Además, hay un dominio particular donde los trabajos académicos no dejan de proliferar: el estudio de los fenómenos identitarios. De esta abundante literatura, en buena medida nutrida de las dificultades experimentadas por las democracias para manejar las tensiones cada vez más visibles entre las diferencias que ellas recogen o producen y los principios universales de la razón y el derecho que las guían, es posible deducir muchas premisas útiles para el análisis de los fenómenos identitarios.

Para empezar, conviene insistir en el necesario cuestionamiento de toda concepción de identidad como un núcleo único y estable. Sin duda, el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss (1977) ya había llamado la atención sobre la fragmentación de las identidades, los procesos de recomposición permanente que las determinan y el carácter problemático de la síntesis resultante. Lejos de ser una sustancia, una esencia, algún atributo inmutable de individuos o grupos, la identidad se elabora a partir de interacciones múltiples.

En segundo lugar, a partir de esta premisa, la sociología y las ciencias políticas han considerado la identidad como una construcción por definición evolutiva. Este enfoque se relaciona estrechamente con el abandono, desde finales de la década de 1970, de las grandes explicaciones causales que privilegiaban las determinaciones socioeconómicas a expensas de enfoques menos sustancialistas, más dinámicos e interaccionistas, que dejaban un espacio más amplio a las voluntades individuales. Desde entonces, más allá de toda concepción de una identidad “natural” impuesta a todo el mundo, importa reflexionar sobre las estrategias identitarias utilizadas racionalmente por los mismos actores identificables (Bayart 1996). Así, la identidad aparece como el producto contingente y evolutivo de las luchas entre actores sociales que se enfrentan por su definición y/o por el poder, de las relaciones de fuerza entre grupos, de las movilizaciones colectivas.

En fin, existen, en una sociedad dada, diferentes principios de identificación, de suerte que los actores sociales se encuentran insertados simultáneamente en una pluralidad de espacios sociales y culturales que hacen fluidas, móviles y cambiantes a las identidades. Esta fluidez de lealtades plantea un doble problema: sobre todo, el de la combinación y articulación de los modos de identificación en la sociedad. Puede pensarse que tales lealtades se expresan, en cierta medida, mediante la cultura popular. La cultura popular constituye, en efecto, el terreno privilegiado, aunque no exclusivo, donde se forjan las representaciones colectivas y se negocian las identidades colectivas, permitiendo que cada una de ellas se desarrolle (Jules-Rosette y Martin 1997). Luego, la fluidez de las identidades o la movilización de las múltiples pertenencias revela al observador “la aparente paradoja de la *unidad* diacrónica de un proceso evolutivo”. En otros términos, “a pesar del carácter movedizo—según las situaciones—y cambiante—en el tiempo—de la identidad, el sujeto guarda una conciencia de su unidad y continuidad, así como es reconocido por los otros como él mismo” (Camillieri *et al.* 1990:24).

Ya que las identidades, pese a su carácter móvil, se arraigan en construcciones sociales, el análisis no debe proceder a una asignación identitaria a partir de formas híbridas y cambiantes, a riesgo de reintroducir, a través de las identidades inmutablemente móviles y definitivamente desconectadas de su base social, un nuevo esencialismo (Chivallon 1997:787; 1998). Tras sentar las premisas

anteriores, este artículo se propone examinar las estrategias identitarias desplegadas en el campo político en Puerto Rico y Martinica. El acento deliberado sobre las *estrategias identitarias* justifica algunas precisiones suplementarias, tanto en lo que concierne al marco teórico en que se inscribe el análisis, como al campo disciplinario que lo informa y el campo geográfico al que se circunscribe.

En el plano teórico, tal enfoque no se contenta con reiterar, contra toda concepción sustancialista, el carácter dinámico de las identidades. Igualmente debe subrayarse que las estrategias que articulan estas últimas tienen necesariamente unos fines. En efecto, las estrategias identitarias “aparecen como el resultado de la *elaboración individual y colectiva de los actores* y expresan en su movimiento, los ajustes operados, cotidianamente, en función de las situaciones y los conflictos que suscitan—es decir, los fines expresados por los actores—y los recursos de éstos” (Taboa 1990:49).

Partiendo de los aportes más recientes de las ciencias políticas, este enfoque privilegia, por lo tanto, uno de los fines que usualmente orientan las estrategias identitarias: los intereses políticos que guían la acción de los actores. La intención es subrayar los asuntos de poder, a veces mediados por los discursos de connotación culturalista, que fundamentan las proclamaciones identitarias en Puerto Rico y Martinica. De manera más precisa, se trata de estudiar el lugar y el papel de las afirmaciones identitarias dentro de las estrategias que estructuran el campo político, la manera en que los conflictos específicos a este campo constriñen la formulación de tales afirmaciones. Sin negar la multiplicidad de lugares y espacios donde se enuncian las identidades, este artículo insiste más particularmente en las estrategias de las élites preocupadas por encontrar una articulación satisfactoria entre identidad cultural e identidad política, dentro de un contexto caracterizado por la no resolución de la “cuestión nacional” y la movilización de afiliaciones múltiples por parte de la población.

En cuanto al campo geográfico seleccionado para el análisis, no es fortuito: se remite a las respectivas experiencias de los dos territorios caribeños, donde la historia parece evadir la descolonización y donde los problemas planteados por las complejas relaciones entre identidad política e identidad cultural pueden analizarse en términos parecidos. Desde luego, estas experiencias son fundamentalmente diferentes. A la doctrina estadounidense de los

“territorios no incorporados”, aplicada a Puerto Rico, se opone la tradición colonial francesa basada en la asimilación y encarnada en las “Cuatro Viejas” colonias (Guadalupe, Guyana, Martinica y Reunión).

Por un lado, después de una ocupación militar dura y autoritaria, el profundo deseo de autonomía de las élites políticas anteriormente en lucha contra la dominación española se reconcilió con las sucesivas concesiones a una población un poco amortiguada por el inmovilismo de una potencia colonial en declive: Puerto Rico se convirtió en Estado Libre Asociado o ELA (*Commonwealth*, según la traducción al inglés) en 1952. Es difícil encontrar una categoría jurídico-política equivalente hoy día en otros lugares. Por otro lado, un largo proceso histórico iniciado desde los primeros años de la colonización, marcado por rupturas y continuidades, pero sostenido por un proyecto de pretensión universalista, encontró su última consagración en la ley—supuestamente de asimilación—del 19 de marzo de 1946, creando la departamentalización de las Antillas francesas. Aquí también, una nueva expresión—Departamentos de Ultramar (DOM, por sus siglas en francés)—vino a enriquecer el vocabulario jurídico-político para designar, frecuentemente a su cuerpo defensor, dos realidades opuestas: la *diferencia* impuesta por la geografía y la historia, a la vez que la *identidad* de las estructuras político-administrativas con los departamentos de la metrópoli.

En ambos casos, sin embargo, la descolonización parece tomar caminos desviados, heterodoxos, convirtiendo a los Departamentos Franceses de América en general y a Martinica en particular, como también a Puerto Rico, en casos singulares dentro del conjunto caribeño. Se me concederá que este fenómeno amerita, sino un primer acercamiento comparativo, al menos una serie de interrogaciones transversales alrededor de los conflictos que estructuran sus respectivas vidas políticas. Más allá de las diferencias resultantes de su trayectoria histórica particular, la superimposición entre identidad cultural e identidad política se encuentra en el corazón de los intercambios políticos en estas dos islas. Formalmente integradas a conjuntos metropolitanos más amplios, pero anunciando constantemente, según modalidades variables, sus diferencias, las sociedades martiniquesa y puertorriqueña son objeto de un debate permanente en torno a la búsqueda de una hipotética coincidencia entre identidad política e identidad cultural. De ahí el interés de examinar las estrategias identitarias movilizadas de un lado y del

otro, de situar a los actores que las emplean así como las posiciones—notablemente de poder—que revelan; y de analizar, en fin, las implicaciones de esas estrategias para el funcionamiento de los espacios políticos internos.

De tal forma, este ensayo se articula alrededor de tres partes dedicadas, primero, al proceso de construcción de identidades colectivas; segundo, a los fenómenos de politización de estas identidades; y por último, al carácter ilusorio de la superimposición entre identidad cultural e identidad política.

Los procesos de construcción identitaria en Puerto Rico y Martinica

En toda sociedad, el actor social se encuentra en la intersección de muchos grupos de referencia y puede cambiar sus afiliaciones y grados de lealtad a ellos. La función de los discursos identitarios en este contexto es orientar esta selección y crear las condiciones para una adhesión privilegiada a un grupo particular (Martin 1994:23), a fortiori, en situaciones potencialmente ricas en conflictos de lealtades, como es el caso de las experiencias coloniales. Desde este punto de vista, parece claro que, tanto en Puerto Rico como en Martinica, las divisiones surgidas de la subordinación colonial han estructurado de manera duradera las representaciones de la identidad.

En el caso puertorriqueño, la identidad se construye simultáneamente como un tema principal y recurrente de la vida política y cultural: las decepciones y frustraciones engendradas por la instalación de un régimen colonial no exento de autoritarismo, las tentativas de americanización de la antigua colonia española bajo el dominio de los Estados Unidos desde 1898, contribuyeron ampliamente al surgimiento de “discursos identitarios” orientados a modelar una representación significativa de una “comunidad” sometida a fuertes presiones externas. En el caso martiniqués, el mito republicano de la asimilación francesa desempeñará un papel esencial en la formación y recomposición de las identidades colectivas. En efecto, el carácter profundamente desigual, jerarquizado y compartamentalizado de la sociedad insular llevó a los antiguos esclavos recién liberados a buscar la seguridad en la metrópoli republicana desde la segunda mitad del siglo XIX. Las luchas de clases y los enfrentamientos étnicos se superimpusieron al punto de confundirse: opusieron, de un lado, a la minoría blanca (*béké*) que

monopoliza el poder económico y encarna una identidad política fundada en débiles deseos de autonomía y, del otro, a la población de color identificada con la metrópoli liberadora. De ahí proviene el éxito del mito republicano articulado e instrumentalizado localmente por las élites políticas en busca de dignidad y legitimidad electoral.

Es verdad que la voluntad largamente anunciada por el poder central francés de erradicar los lugares de resistencia colectiva y el alineamiento forzado sobre las instituciones políticas de la metrópoli entretienen la ilusión de una estricta asimilación a las normas y valores metropolitanos y de una total aculturación de los martiniqueses. Sin embargo, esta ilusión es desmentida por la formación y perpetuación de comportamientos sociales y esferas de actividades culturales que escapan mayormente a las normas impuestas. Aunque han sido folklorizadas desde hace tiempo, estas prácticas culturales más tarde serán reinvestidas de significado por actores portadores de afirmaciones identitarias, a nombre de una reapropiación del pasado.

Partiendo de esta doble constatación, conviene, sin pretender agotar el tema, recordar algunos rasgos sobresalientes de la construcción identitaria en Puerto Rico y Martinica desde principios del siglo XX, insistiendo particularmente en su origen y significado. Estos fenómenos se emparentan, las más de las veces, ya sea como estrategias defensivas frente a los intentos de imposición o asignación de identidades desde arriba, ya sea como respuestas adaptativas frente a un ambiente cambiante.

Subordinación colonial y construcción identitaria en Puerto Rico

Indudablemente, las estrategias identitarias en Puerto Rico han sido condicionadas por sus lazos con los Estados Unidos. Estos lazos llevan el sello de un dispositivo colonial—distinto de sus homólogos francés y británico—caracterizado por la debilidad de los mecanismos institucionales y políticos movilizados en los territorios recién conquistados y sometidos completamente a los objetivos de un capitalismo triunfante (Ramos 1996). En una primera fase, entre 1898 y 1945, el Estado colonial se esfuerza, sobre la base de un aparataje más bien sumario, por establecer su hegemonía descansando sobre un repertorio clásico: remodelamiento y recomposición de los asuntos insulares a fin de hacerlos compatibles

con la supremacía estatal. Esta estrategia, sin embargo, se sitúa bajo el signo de ambigüedades fundacionales que reflejan bastante bien la doctrina de los territorios no incorporados aplicada a la antigua colonia española a partir de 1901, tras la ley Foraker que fijaba la condición colonial de la Isla en 1900, sin olvidar la otorgación de la ciudadanía norteamericana en 1917. En cuanto a esta última medida, es necesario señalar que es producto de la pretensión del centro colonial de conferir una identidad suprema por medio de una ciudadanía impuesta, al mismo tiempo que intentaba controlar la expresión pública de otras formas de identidad, o sea, de borrarlas. Tal parece ser el sentido de la campaña de americanización implantada durante este período, que tendía a legalizar la “periferización” de la identidad puertorriqueña. Esta postura colonial genera tensiones que se cristalizan notablemente en torno a asuntos sumamente simbólicos, tales como la lengua, el sistema educativo y la bandera insular.

Es evidente que los años treinta marcaron una fase importante en la construcción identitaria en Puerto Rico. En el plano cultural, asistimos a una reafirmación de la identidad puertorriqueña—en continuidad con los esfuerzos en este sentido de muchos intelectuales a principios de siglo (Babín 1983)—a través de la literatura y la producción artística. Paralelamente se utilizan cada vez más los símbolos políticos. Esta reafirmación identitaria se forja a partir de una búsqueda de elementos constitutivos de la cultura puertorriqueña. En este contexto es sintomática la célebre obra de Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, publicada en 1934, una colección de ensayos que declara la existencia de una cultura puertorriqueña nítidamente identificable. El autor exhorta a sus compatriotas a preservar un legado hispánico amenazado por la influencia norteamericana (Flores 1993). No menos significativa es la aparición de una poesía—encarnada entre otros autores por José Mercado o Evaristo Ribera Chevremont—comprometida con la lucha en defensa de la identidad. Esta poesía expresa “el impacto emocional y psicológico de la imposición del inglés en el sistema escolar hasta 1948, cuando el Secretario de Educación Mariano Villaronga declaró al español como idioma de instrucción mientras que el inglés sería estudiado como segundo idioma” (Babín 1983:335). La constitución de la plena—esa música popular surgida a principios de siglo en las plantaciones azucareras a lo largo de las costas de la Isla—en la música auténtica y representativa del pueblo puerto-

rriqueño es otro ejemplo interesante: la búsqueda de emblemas identitarios se acomoda muy bien aquí con la influencia externa, notablemente del Caribe anglófono, nítidamente perceptible en la plena (Flores 1993:85-91). En fin, la elaboración a todo lo largo de esta primera mitad del siglo XX de una legislación cultural, una de cuyas piezas concierne a las zonas históricas, desembocó en la "invención" de un pasado como representación de la reconstrucción nacional. Este gesto procede a la conversión de marcos tempoespaciales en símbolos de una identidad en plena construcción: así se erigen ciertos lugares como emblemas, se delimita simultáneamente un "pasado propio" y se invita a la población a apropiarse de él (Gil 1992).

Estas proclamaciones identitarias—acompañadas, en el plano político, de presiones nacionalistas y de una escalada de la reivindicación independentista—resultan, en buena medida, de las tensiones e insatisfacciones surgidas con la dominación estadounidense. Tales proclamaciones denuncian un dispositivo colonial que tiende a mofarse de una identidad puertorriqueña fuertemente marcada. Ellas no desembocan, sin embargo, en la independencia, sino en la implantación en 1952 de un nuevo status político negociado, el Estado Libre Asociado. Reflejo de la ambigüedad inicial de Puerto Rico dentro del sistema estadounidense, el ELA contribuye a la redefinición parcial de las estrategias de construcción identitaria.

Desde un principio, el ELA se sostiene, dentro de su ambivalencia, en un proyecto populista dirigido por Luis Muñoz Marín y guiado fundamentalmente por el deseo expreso de conciliar la libertad económica, la política y la cultural:

La libertad está hecha de elementos múltiples. Al poner el acento sobre una forma particular de libertad política, se pueden comprometer las oportunidades de libertad económica o de libertad cultural. La conciencia política que acababa de despertar suscitaba y apoyaba la creación de una nueva forma de Estado, donde la libertad política cobrara cuerpo dentro de la asociación que uniera a los ciudadanos de Puerto Rico con los de los Estados Unidos de América, en virtud de un acuerdo realizado entre el Congreso de los Estados Unidos y el pueblo de Puerto Rico en vista de la creación de un gobierno constitucional y de la adopción bilateral de una asociación económica en el interés de ambas partes (Muñoz Marín 1955).

Este proyecto se nutre de su capacidad para manipular los símbolos de la identidad nacional sublimados por una estrategia de acomodo o dependencia económico-política por las élites que ejercen el poder. Tales pretensiones se manifiestan muy claramente en la propuesta concepción de la patria. Para Muñoz Marín, la patria no se concibe como una entidad abstracta, una especie de abstracción geográfica, sino como la expresión de un pueblo-patria que habita la Isla. Este pueblo tiene unos valores culturales propios y las condiciones materiales y sociales de su existencia no pueden mejorarse sino en el marco de una unión permanente con los Estados Unidos (Ramos 1999), respetuosa de los valores democráticos. Este desdoblamiento de lealtades se expresa de forma maravillosa a través de la actitud que puede parecer llena de ambigüedad y complejidad de los líderes del Partido Popular Democrático (PPD), cuyo padre fundador es Muñoz Marín: después de rechazar el principio de la independencia, abogaron con fuerza porque el español se convirtiera en la lengua oficial de la enseñanza pública. Más aún, la estrategia del PPD ha sido movilizar símbolos muy fuertes derivados de la cultura popular, matizando la relación de dependencia que dicha estrategia nunca ha dejado de reactivar, y que tienen sentido para los gobernados. La estrategia se fundamenta particularmente en el antagonismo entre metrópoli y colonia, tal como se expresa en el discurso del PPD que tendía a yuxtaponer para oponerlos mejor al jíbaro, de un lado, y a los representantes del capital ausentista, por el otro. Aunque la misma realidad del jíbaro tiende a estancarse, al punto de desaparecer completamente más tarde, como resultado de los cambios inducidos por la implantación del proyecto populista, el PPD sigue invistiendo en este mito aparecido aproximadamente en la segunda mitad del siglo XIX (Babín 1983:327) y que convierte al "pequeño campesino blanco"² en la sustancia misma de la cultura puertorriqueña. Esta mitología y su simbolismo social se ponen deliberadamente al servicio del proyecto populista, preocupado por una identidad cultural amenazada por los intentos de americanización.

Sobre todo, el status del ELA adoptado en 1952 abre al Estado puertorriqueño un espacio de libertad no despreciable en el terreno cultural, permitiéndole forjar nuevas representaciones identitarias. Ejemplar en este sentido es la creación en 1955 del Instituto de Cultura Puertorriqueña (ICP), del cual dependen actualmente los Archivos Generales, la Escuela de Artes Plásticas, la Biblioteca

General, diversas oficinas de arquitectura, los monumentos, las zonas históricas y 80 centros culturales repartidos a través del territorio insular, entre otras entidades gubernamentales. El Instituto convoca las "raíces" puertorriqueñas al servicio de una estrategia orientada a dotar a los gobernados de una identidad: el Estado puertorriqueño se erige así en proveedor de identidad al apelar a todo un sistema de representaciones, símbolos y significados nutridos de un pasado reinventado, de elementos culturales a veces reinterpretados, pero también articulados a un nuevo status político, que a su vez tiene mucho alcance.

No obstante, el ICP, al pretender defender los tres componentes de la identidad puertorriqueña—las raíces taína, africana y española—, parece haber relegado a un rango secundario la herencia africana (Dávila 1997:71). La construcción de una identidad oficial anclada en la valoración de un grupo étnico cuya homogeneidad se postula implícitamente oculta así las tensiones sociorraciales que atraviesan a la sociedad puertorriqueña contemporánea. Tal construcción debe además transigir con formas de expresión política e identitaria que escapan a la empresa de la esfera oficial. Como sugiere el título evocador de la obra de Arlene Dávila (1997)—*Sponsored Identities*—, las identidades colectivas pueden ser "auspiciadas" por intereses y actores extremadamente diversos, tales como los estatales, intelectuales, comerciales y populares; pueden expresarse a partir de una multitud de posiciones sociales, formas simbólicas y lugares (Duany 1998:225).

Más tarde, el compromiso entre las "tres formas de libertad" imaginado por Muñoz Marín encontrará sus primeras limitaciones en el debilitamiento desde finales de los años sesenta del modelo de desarrollo puesto en acción al principio de la experiencia populista. De ahí ha resultado una lucha por la definición de nuevas identidades, estrechamente vinculada a las estrategias de conquista del poder, lucha que recuerda procesos que transcurren, según modalidades diferentes, en Martinica.

Los avatares de la asimilación en Martinica

En el caso de este Departamento Francés de América, la cuestión identitaria no se plantea verdaderamente en los mismos términos. En efecto, elaborada por un Estado que nunca ha cesado de enarbolar la bandera del universalismo, la doctrina colonial francesa descansa sobre todo en el principio de la asimilación. Este prin-

cipio se aplica no solamente a las instituciones, sino también a las personas desde el punto de vista jurídico y cultural (dentro de los límites, en un principio, compatibles con el mantenimiento de un régimen colonial fundado en una jerarquización y diferenciación bien marcadas). Desde una perspectiva histórica, la departamentación de 1946 realiza así la síntesis prevista por el relator de la Constitución del año III, Boissy d'Anglas, a partir de un doble cuestionamiento: ¿hace falta implantar en las "viejas colonias", independientemente de la voluntad expresada localmente, un sistema administrativo idéntico al que funciona en la metrópoli (asimilación de las instituciones)? ¿Hace falta implantar en estas mismas colonias el sistema de valores y normas jurídicas que acabaron por imponerse en la metrópoli al conjunto de la población y ampliar así el círculo de miembros de la "Madre Patria" (asimilación de las personas)? (Sablé 1955). Es decir, el Estado unificador al estilo francés, tanto al interior del marco nacional que ha forjado como en su periferia externa y apartada, ha tendido a rehusar cualquier expresión identitaria pública distinta a la suya y a marginar todas las demás preocupaciones a expensas de la lealtad ciudadana.

Sin embargo, la pretensión que asocia estrechamente asimilación jurídica y asimilación cultural, al hacer de la segunda, en cierta medida, una consecuencia lógica de la primera, es fuente de múltiples paradojas y de una ilusión. Los antropólogos vienen llamando la atención desde hace tiempo sobre algunas de las mayores paradojas de la historia colonial de las Antillas. Animado por un ideal asimilacionista cuyas huellas profundas son perceptibles desde el *Ancien Régime* francés, alimentado por una pretensión universalista que el legado revolucionario no ha dejado de convocar, el proyecto colonial desplegado ha sido "una formidable máquina de producción de diferencias" (Giraud 1997). El acercamiento entre pueblos de orígenes extremadamente diversos ha desembocado en la formación de sociedades según una trayectoria histórica sumamente singular y ha sido un poderoso factor de creación de espacios culturales y sociales que han desafiado la dinámica de la asimilación. Si, por ende, es indisputable que el dispositivo colonial y estatal francés, particularmente después de la departamentación, ha sido reacio por mucho tiempo a cualquier forma de autonomía cultural y política comparable a la descrita anteriormente a propósito de la experiencia puertorriqueña, no lo es menos que nunca llevó, contrario a una idea ampliamente difundida, a un ali-

neamiento estricto con las normas metropolitanas.

Además, los procesos de confinamiento y marginación de los grupos dominados dentro de marcos deliberadamente igualitarios han contribuido profundamente al surgimiento de identidades propias de estos grupos. Para los últimos, la conquista de la igualdad social inherente a la ciudadanía no puede pasar sino por la reivindicación de las particularidades culturales, como atestigua la negritud de Aimé Césaire (Suvélor 1983; Giraud 1997). El gesto cesariano reconcilia, en la práctica, la reivindicación de la igualdad con la de la especificidad sobre el altar de la departamentalización, pronto renunciada, porque la considera poco respetuosa de los particularismos culturales. Históricamente, la asimilación jurídica está lejos de ser un proceso unívoco: el poder evocativo de este término sólo puede compararse con la extrema complejidad de las situaciones que pretende designar. Se trata de denunciar su carácter ilusorio y mistificador o, por el contrario, de efectuar una suerte de finalización lógica conforme al ideal revolucionario.

De ese modo, la implantación de la departamentalización se tradujo, al menos en sus inicios, en una combinación compleja de estructuras antiguas, nuevas estructuras parcialmente adaptadas o reinterpretadas en función de un pasado que sigue persiguiendo a la conciencia colectiva, todo ello sostenido por una voluntad centralizadora y uniformadora cada vez más firme. Este jacobismo suscitó a su vez reivindicaciones a favor del respeto hacia las especificidades y un refuerzo de la autonomía interna al punto de invertir la situación: los temas de la autonomía y de las "especificidades", de los que el derecho se había apropiado anteriormente, son retomados desde finales de los años cincuenta por los partidos de izquierda (el Partido Progresista Martiniqués y el Partido Comunista Martiniqués). En vías de la territorialización, éstos últimos los asociarán de aquí en adelante con la lucha por la conquista de los derechos inherentes a la ciudadanía francesa. Dicho de otra manera, aquí se trata de una nueva postura política que busca definir una identidad abierta y apoya un discurso que insiste en la singularidad del pueblo martiniqués y su condición de dominado, así como en las estrategias de preservación de la autonomía cultural que tal situación parece imponer al interior del Estado nacional francés. Desde esta perspectiva, el Servicio Municipal de Acción Cultural (SERMAC) de la ciudad de Fort-de-France desempeñó un papel esencial al erigirse durante mucho tiempo en bastión de una

cultura popular cuya expresión pública no estaba asegurada: ahora que el Estado favorecía la apertura a una cultura supuestamente universal al apoyar económicamente al Centro Municipal de Acción Cultural (CMAC), la ciudad de Fort-de-France privilegiaba bajo el impulso de Aimé Césaire el arraigo en el territorio y en las culturas negras.

La ilusión anteriormente señalada deriva de un proceso cuya interpretación legitimó la idea de una "asimilación pura y perfecta", o sea, de una aculturación total: los intentos de nacionalizar la cultura local, la condena indiscriminada a uno de sus vectores estructurantes, la lengua créole, y la relegación de esta cultura al rango de prácticas folklorizadas a nombre del ideal republicano de emancipación no fueron simplemente impuestos por el Centro. En realidad, se beneficiaron del apoyo de ciertas categorías sociales locales y a veces se correspondieron con las dinámicas y demandas surgidas de la misma sociedad martiniquesa. Sin embargo, sería absurdo pretender que la cultura nacional francesa ha sustituido completamente a la cultura periférica. La realidad es mucho más compleja, al menos por dos razones. De una parte, los fenómenos de contacto, incluyendo las situaciones de opresión y desigualdad, han tenido efectos más sutiles que la simple imitación o asimilación de los rasgos de un grupo por el otro, en la medida en que causan intercambios recíprocos susceptibles de modificar las actitudes de ambos (Jules-Rosette y Martin 1997). De otra parte, la experiencia identitaria en Martinica se caracteriza por una redistribución fundada en la sobreimposición de pertenencias subjetivas.

Sin duda, la fuerza asimiladora del Estado ha residido principalmente en su innegable capacidad de tolerar un espacio insular, mediatizando la pertenencia a una comunidad ampliada. Este espacio insular ha sido el lugar de reactivación del sentimiento de pertenencia a la sociedad local. Una mediatización parecida fue asegurada, en el marco del sistema político-administrativo puesto en curso con la departamentalización, por los representantes de la "comunidad insular", que al acceder a los recursos estatales en una búsqueda desenfrenada de la igualdad declinaron, usualmente de modo menor, los particularismos compatibles con el mantenimiento en el conjunto nacional francés. En su funcionamiento cotidiano y en sus relaciones con los funcionarios delegados por el centro, contribuyeron a cierta autonomización del espacio político insular

(Daniel 1997). Tal sistema propició, ante las decepciones y desilusiones engendradas por el fracaso de la departamentalización, un reavivamiento de las formas culturales autóctonas. Como ha subrayado Michel Giraud (1997:385),

la sobrevaloración social de la cultura "clásica" francesa y su contrapartida, la minusvaloración de las culturas antillanas, estaban intrínsecamente ligadas a la credibilidad de la ideología asimilacionista, cuyo producto principal ha sido la departamentalización. Una vez agotada esta credibilidad a través de las contradicciones y contrariedades del status departamental, las situaciones culturales antillanas no pueden dejar de ser afectadas.

De este modo se produjo una politización de las identidades antillanas, fenómeno igualmente perceptible en Puerto Rico a partir de la crisis—con todas sus implicaciones culturales y políticas—del modelo de desarrollo populista.

La politización de las identidades

La politización de las identidades obedece a lógicas múltiples y variadas. Más frecuentemente es síntoma de una crisis de la relación con el Estado. En los dos casos aquí analizados, se trata más precisamente de una crisis de los modelos tradicionales de integración política. Esta crisis se nutre en Martinica del agotamiento del mito republicano que había servido a un tipo de desarrollo cada vez más controvertido. En Puerto Rico, resulta del debilitamiento del modelo de desarrollo económico y político enmarcado jurídicamente dentro del Estado Libre Asociado.

Debilitamiento del modelo de desarrollo y recomposiciones identitarias en Puerto Rico

El debilitamiento del modelo de desarrollo que privilegiaba la industrialización por invitación, el desfase entre una representación identitaria—centrada sobre el jíbaro en vías de desaparición—y una realidad urbana cada vez más dominante y, de manera relacionada, el final de la hegemonía del PPD, la victoria del Partido Nuevo Progresista (PNP) en 1968, 1976, 1980, 1992 y más recientemente en 1996 tuvieron repercusiones tanto en el espacio político como en el cultural. Estos eventos se tradujeron en una

modificación sensible de las condiciones para la lucha por la definición de la identidad puertorriqueña, lucha aún articulada estrechamente con las estrategias de conquista del poder, para las cuales las afirmaciones identitarias constituyen ellas mismas recursos ideológicos esenciales.

Así, el movimiento anexionista ha alterado profundamente su discurso sobre la identidad cultural. Renunciando a la vieja concepción surgida a principios de siglo que planteaba la anexión como “la independencia para los asuntos locales”, es decir, como un instrumento que garantiza el control de la élite criolla sobre el espacio económico y político local (Edwin Meléndez 1993:47), las fuerzas novoprogresistas intentan desde hace tiempo reconciliar las dos dimensiones esenciales para la trama de su discurso ideológico: de una parte, la idea de la “soberanía-integración” que plantea el viejo problema del respeto hacia el particularismo étnico y cultural puertorriqueño en el conjunto estadounidense; y de otra parte, la idea de la “soberanía-igualdad” dominante al interior del movimiento desde mediados de los años sesenta y que promueve la extensión a los puertorriqueños de todas las ventajas—particularmente las sociales—inherentes a su condición jurídica como ciudadanos americanos (Ramos 1989; Edgardo Meléndez 1991). Así nació la concepción de una anexión “criollizada” (“la estadidad jíbara”), según la cual Puerto Rico no necesita abandonar su tradición hispánica para acceder a la condición de estado de la Unión: las ventajas económicas de pertenecer al conjunto norteamericano, simbolizadas por el inglés, la lengua de comunicación entre dos comunidades distintas, no son contrarias al respeto de una tradición cultural forjada en torno al español, la lengua de identificación.

Esta concepción de la estadidad jíbara ha contribuido a acercar parcialmente al movimiento anexionista y al movimiento autonomista sobre el terreno de la identidad cultural, donde nunca han dejado de competir: las diferencias se analizan más bien en términos de estrategia política que de ideales propiamente. Vale añadir que el Partido Popular Democrático se ha volcado, frente a una adversidad notable en el Congreso federal, hacia la búsqueda de nuevos referentes internacionales (Ramos 1999) y la reevaluación del legado hispánico. La administración del gobernador Rafael Hernández Colón asumió un papel importante, a finales de los años ochenta, en un debate que—siguiendo un curso clásico en asuntos relacionados con la afirmación identitaria—giró en torno a reescri-

bir la historia de modo que conjugara el mito de los orígenes con las nuevas utopías orientadas hacia el porvenir. Este debate culminó con la ley que estableció al español como lengua oficial de la Isla, cuya firma se efectuó en una ceremonia simbólicamente organizada en presencia de dignatarios españoles y latinoamericanos, de donde se desprende que contribuyó a sobrevalorar el componente hispánico de la identidad puertorriqueña. Este mismo gobernador redescubrió, de cierta manera, la pertenencia de la Isla al área caribeña, al manipular los símbolos nacionales al servicio de una política de afirmación de Puerto Rico en el escenario económico regional (Heine y García-Passalacqua 1993).

En cuanto a los partidarios de la independencia, éstos desarrollaron una concepción prometeica de la cultura, desbordando el simple enfoque en términos de "identidad cultural", demasiado restrictivo para sus fines porque no descartaba los riesgos de la folklorización en ausencia de la independencia, como atestigua este punto de vista recogido por Nancy Morris (1995:90):

Para un miembro del Partido Popular, la identidad de Puerto Rico es el folklore: los güiros, las maracas, las expresiones artísticas. Pero la raíz de la expresión cultural es la libertad de crear, de ser lo que uno quiere ser con su mente, sus manos, la capacidad para crear sin restricciones, que es la cultura. Los defensores del Estado Libre Asociado pierden la esencia de la cultura con su concepto de identidad cultural, que la limita estrictamente al folklore. No es que el folklore no sea importante. Yo creo que es importante, pero no es la totalidad, es parte de la cultura. Para nosotros la cultura es la capacidad total de crear sin condiciones, que un hombre o una mujer tiene que tener en cualquier sociedad.

Agotamiento del mito republicano y estrategias identitarias en Martinica

En Martinica, la politización tomó su aliento, en un primer momento, de los conflictos ligados a la experiencia de la departamentalización. En efecto, desde hacía mucho tiempo, la vida política había cristalizado, de un modo un poco esquemático, una oposición entre los tres principales adversarios en el juego político: los defensores de una asimilación política y cultural y por lo tanto de una identidad reconstituida por el Estado francés; los protagonistas de una autonomía cultural orquestada dentro del conjunto francés y

respetuosa de la diferencia; y finalmente los partidarios de una alteridad radical. La primera actitud articuló muy claramente un tema electoralmente atractivo, el acceso a todos los derechos y deberes inherentes a la ciudadanía francesa, a una valoración de la cultura metropolitana. La segunda buscaba principalmente conciliar dos cursos de acción: de un lado la enunciación de un discurso centrado en temas de menor eficacia electoral, tales como el respeto a la identidad cultural y la necesidad de repensar el modelo de desarrollo y reforzar los poderes locales; y del otro lado, la aceptación de una lógica de la dependencia en cuanto al funcionamiento de las instituciones departamentales, combinada con la aplicación de los derechos sociales. La tercera favorecía el acceso a la independencia. El agotamiento del mito republicano, asociado al incremento de incertidumbres ligadas a la construcción europea, propició la redefinición de estas estrategias identitarias.

En su trabajo de construcción identitaria, el Estado francés, fuertemente presionado por categorías sociales excluidas del poder económico y por una forma sutil de "nacionalización cultural", se apoyó grandemente en el mito republicano. El resultante proceso de universalización, valga la redundancia, tuvo resultados por lo menos ambivalentes, en la medida en que vino acompañado de la reactivación de la cultura local y la valoración de los particularismos locales que justificaron las demandas específicas planteadas al centro.

Si esta evolución liberó un fuerte potencial contestatario, favoreció igualmente la proliferación de proclamaciones identitarias a través de los años setenta en los terrenos cultural y político. Este fenómeno se aceleró con la descentralización iniciada a principios de los ochenta: asistimos ahora a una verdadera explosión de las actividades culturales que manifiestan la vitalidad de una sociedad anteriormente considerada en plena deriva identitaria. Es verdad que el poder central, por mucho tiempo reacio a toda forma de expresión pública de la identidad periférica, admitirá de aquí en adelante la existencia de una cultura a partir de la cual se enuncia la diferencia, al punto de apoyar económicamente su valoración. A favor del relajamiento de las tensiones entre poder central y poderes locales, las colectividades territoriales multiplican por su parte, de manera frecuentemente desordenada y siguiendo una lógica que privilegia los recursos colectivos en detrimento de objetivos claramente definidos, las iniciativas y acciones en el terreno cultural

(Bernabé, Capgras y Mugier 1997). Esta nueva moda de la "cosa cultural", manifestada por los líderes electos de las colectividades territoriales, está llena de ambigüedades y paradojas: viene acompañada, por parte de los responsables políticos frecuentemente impregnados de una cultura contestataria frente al poder central, de apelaciones al peritaje nacional francés, de la búsqueda de una suerte de reparación sinónima de un reconocimiento nacional francés (Constant 1993), mientras que buscan al mismo tiempo mover el peón de un Estado deliberadamente en retirada.

En un registro más amplio, estos representantes electos proceden, en sus relaciones con los centros metropolitano y europeo, a poner en juego permanente las "especificidades" erigidas en verdaderos emblemas de una identidad así reconstituida. Sin duda, el término "especificidad" nunca conoció semejante fortuna, en tanto fue movilizadofrecuentemente por el personal político local, de tendencias políticas confundidas, en el marco de las negociaciones con las autoridades centrales y/o europeas. Dicho de otro modo, las proclamaciones identitarias son cada vez más instrumentalizadas por las colectividades territoriales con la intención de generar apoyo a las políticas públicas locales. La lucha por el control del territorio y por la hegemonía dentro del marco de la asociación con el Estado francés y la Unión europea, así como la constitución del liderato local, se sostienen grandemente en el recurso a las nociones de "dignidad" y "especificidades" que forman parte de la construcción simbólica de una identidad colectiva. Se comprende entonces que ciertos líderes políticos afiliados a corrientes de pensamiento fuertemente marcadas por la tradición asimilacionista sean cada vez menos reacios a apoyarse principalmente en los recursos locales, bajo riesgo de tomar cierta distancia de los aparatos partidarios metropolitanos, a fin de reforzar su legitimidad. Es el caso, por ejemplo, del alcalde Pierre Petit, quien ocupa un escaño en la Asamblea nacional francesa.

Pueden observarse comportamientos similares en el campo económico. Así, la pareja discursiva local/nacional organiza parcialmente, desde los años setenta, los intercambios simbólicos y económicos. Los responsables de las Pequeñas y Medianas Industrias (PMI) acuñaron el término "local" en oposición a "nacional", con su estampa independentista, para designar los productos económicos ensamblados o fabricados en Martinica. Hecho esto, opusieron estos bienes económicos a los importados de la metrópoli y promo-

vieron así cierto orgullo en la capacidad de producir localmente. Además, la palabra local tiene connotaciones culturales en el lenguaje cotidiano: permite sobre todo nombrar la diferencia frente a la metrópoli. El término también ha sido recuperado a través del Gran Mercado Agrícola (GMA), convertido en algunos años en espacio de resistencia popular ante un modelo de desarrollo que privilegia las importaciones y un modo de consumo ostentoso. Al asignarse la misión de rehabilitar las producciones agrícolas “típicas”, el GMA se ha erigido a su manera en un verdadero emblema identitario. También se puede mencionar el caso de las organizaciones sindicales de afiliación independentista creadas durante los años setenta—la Unión de Trabajadores Agrícolas de la Martinica (UTAM), la Confederación Sindical de Trabajadores Martiniqueses (CSTM)—así como la Confederación Democrática Martiniquesa del Trabajo (CDMT) que se desprendió de la CFDT francesa para valorar mejor los particularismos locales.

Por su parte, las corrientes literarias y políticas también se esfuerzan por movilizar apoyos mediante la construcción y afirmación identitarias. Tal es el caso del movimiento de la *créolité* fundado en el firme rechazo a toda forma de “exterioridad”, de auto-percepción mediante la mirada del otro y por lo tanto de toda expresión mimética, a favor de una aceptación y reevaluación de sí mismo, condición indispensable para toda comunicación con el otro. Después de visualizar la *créolité* como “el agregado interaccional o transaccional de los elementos culturales caribeños, europeos, africanos, asiáticos y levantinos, que el yugo de la Historia reunió sobre el mismo suelo”, los principales teóricos de este movimiento escriben: “la literatura *créole* con la que trabajamos plantea como principio que no existe nada en nuestro mundo que sea pequeño, pobre, inútil, vulgar, inepto para enriquecer un proyecto literario. *Somos un solo cuerpo con nuestro mundo*” (Bernabé, Chamoiseau y Confiant 1989).

Paralelamente, varios movimientos políticos se encargan de una reivindicación independentista fundada en la defensa de una identidad relativamente cerrada, encarnada por ejemplo en el Movimiento Independentista Martiniqués (MIM), o en una concepción supuestamente más abierta, sin lograr escapar al peligro de una “naturalización” de la experiencia histórica martiniquesa. En fin, la “sociedad civil” abunda en iniciativas surgidas de grupos u organizaciones, más o menos involucrados en la lucha política, cuyas

estrategias forman parte de la construcción de identidades colectivas, ya sea movimientos comprometidos con la defensa del medio ambiente (ASSAUPAMAR, APPEL) o movimientos de defensa de los barrios, que tienden a favorecer el retiro hacia microidentidades así revaloradas, al articular sus intereses en foros políticos durante las elecciones locales.

En conjunto, tanto en Puerto Rico como en Martinica, la politización de las identidades aparece como un elemento estratégico y un importante recurso ideológico para los grupos enfrascados en la lucha por el poder, organizados en torno a programas económicos, políticos y sociales más o menos condicionados por la cuestión del status. En particular, cada movimiento político trabaja en la construcción de una identidad cultural, cuya coincidencia, frecuentemente postulada, con una identidad política igualmente construida sigue siendo al menos problemática.

Identidad cultural e identidad política: una sobreimposición ilusoria

Los fenómenos de construcción identitaria proceden frecuentemente a partir de una reinvestidura del pasado o más exactamente de la invención de una tradición mediante la incorporación sucesiva de elementos reinterpretados. De aquí resulta que, contrario al mensaje frecuentemente enunciado por los grupos sociales y políticos portadores de afirmaciones identitarias y preocupados sobre todo por la autodefinición frente al Otro, la identidad está lejos de ser estática, fija o perenne. Al contrario, el cuerpo simbólico y los emblemas que le sirven de sostén presentan la triple característica de ser evolutivos, de cambiar de sentido y significación en función de los grupos que se apropian de ellos en un momento dado y de hacer de la misma identidad una cuestión abierta. Tal constatación descalifica de entrada cualquier interpretación esencialista o sustancialista de la identidad. Nancy Morris (1995) apunta justamente que tres elementos, entre muchos otros, de la puertorriqueñidad han cambiado de significado a través del tiempo. Para comenzar con la ciudadanía americana, ésta fue rechazada inicialmente por la mayoría del Partido Unión en 1916, antes de ser aceptada al año siguiente como un elemento del dispositivo de descolonización. Hoy en día, la ciudadanía americana, proclamada por la Constitución del ELA desde 1952, es reivindicada por la mayoría de la

En conjunto, tanto en Puerto Rico como en Martinica, la politización de las identidades aparece como un elemento estratégico y un importante recurso ideológico para los grupos enfrascados en la lucha por el poder, organizados en torno a programas económicos, políticos y sociales más o menos condicionados por la cuestión del status.

población, incluyendo un sector del movimiento independentista. Durante las negociaciones abortadas de hace algunos años sobre el futuro político de Puerto Rico, el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) abogó por el concepto de una doble ciudadanía permanente.

Igualmente, la participación de los puertorriqueños en competencias deportivas internacionales genera tensiones con los Estados Unidos que reflejan bastante bien la difícil conciliación entre las ventajas inherentes a la ciudadanía americana y la adhesión apasionada a la idea de una "ciudadanía deportiva". Nótese que esta última definición resulta de las reglas internacionales que permiten a los puertorriqueños representar a su Isla (y no al Estado del que son ciudadanos) y desempeña un papel esencial en la construcción identitaria, desconocido hasta mediados de este siglo.

Por último, la bandera puertorriqueña se difundió inicialmente como un símbolo de la lucha por la independencia durante la dominación española. Posteriormente, obtuvo un creciente apoyo en el conjunto de la población, independientemente de sus preferencias sobre la cuestión del status. Adoptada oficialmente en 1952 como representación del ELA, la bandera puertorriqueña se iza desde entonces al lado de la bandera de los Estados Unidos como emblema de una relación heterodoxa y problemática (Morris 1995:159).

Se podrían multiplicar los ejemplos análogos en Martinica. Es suficiente recordar que es igualmente difícil e ilusorio definir una

“esencia” puertorriqueña que hablar de una “esencia” martiniqueña, supuestamente inamovibles, en la medida en que las identidades no existen naturalmente sino más bien a partir de su enunciación permanente. La lengua española, convertida en símbolo de identificación frente al inglés, sirve igualmente para marcar a diferentes grupos que enuncian posiciones divergentes en el espacio político sobre las cuestiones de identidad cultural y estatus político. La definición del *créole* en la sociedad martiniquesa es objeto de luchas cerradas que remiten a concepciones opuestas de la identidad (Burton 1994). En realidad, cada una de las representaciones identitarias es constantemente negociada por una gran diversidad de grupos, fragmentos de grupos y actores sociales en cada una de las sociedades consideradas.

Más aún, sería ilusorio creer que Puerto Rico escapa a la presión de los flujos transnacionales de comunicación o ignorar el papel de nuevos actores—tales como las empresas transnacionales—que participan, junto a las élites nacionalistas tradicionales, en la construcción de identidades según nuevas modalidades (Dávila 1997). Estos fenómenos modifican las fronteras entre las culturas, la de Puerto Rico y la de Estados Unidos, así como las percepciones que pueda tener la población. No hay duda de que, por ejemplo, el inglés, la lengua de comunicación en el mejor de los casos frente al español, la lengua de identificación por excelencia, ya no es más automáticamente un sinónimo de americanización, cuando proviene de Jamaica o es retomada por la juventud a través del rap o el reggae. En suma, el contenido de la cultura popular desafía los argumentos esencialistas desarrollados por la élite intelectual y política, contribuyendo poderosamente a reconfigurar las identidades y recordando que la capacidad de los líderes políticos para preservar una cultura “auténtica” se ha debilitado considerablemente bajo los efectos de la globalización.

Tales constantes hacen difíciles, por no decir totalmente ilusorios, ciertos intentos de articular el proyecto político con el proyecto identitario. Ténganse en cuenta las vicisitudes de la vida política en Puerto Rico desde hace por lo menos una década y las contradicciones a las que se enfrenta en Martinica un movimiento como la *créolité*, cuya ambición no declarada es acceder al control del campo político mediante el control del campo literario y cultural (Giraud 1997). Las paradojas del movimiento independentista martiniqués también son un testimonio elocuente de tales dificultades.

Más que en Martinica, las organizaciones partidistas en Puerto Rico colocan la defensa de la identidad cultural en el centro de sus programas políticos, incluyendo desde hace algún tiempo a los novoprogresistas inclinados a la anexión al conjunto norteamericano. Las tradiciones populares forjadas a partir de un proceso de redefinición y reconstitución de aportes sucesivos sirvieron de frente contra las tentativas de "americanización" durante los años treinta, apoyando al mismo tiempo el combate realizado por los intelectuales contra la dominación estadounidense. Más difícil luce, en el contexto actual, la movilización a partir del tema exclusivo de la identidad cultural. Su potencial movilizador puede debilitarse en la medida en que el ELA, en tanto que fenómeno global que interfiere en todos los niveles de la organización social, determina un juego complejo de "identidades encajadas", fuentes de comportamientos aparentemente contradictorios (Martin 1992:591; Badie 1992): encerrados en múltiples redes constitutivas de una identidad-mosaico, los puertorriqueños están condenados a escoger en términos de compromisos y preferencias momentáneas, que no necesariamente privilegian la dimensión cultural reclamada por ciertos movimientos políticos. También es cierto el fenómeno inverso: en ciertas coyunturas, puede haber una subvaloración pasajera de la dimensión cultural de los asuntos públicos y relegarse a un segundo plano, durante un período limitado, ante el predominio de los problemas económicos. Este patrón hace particularmente inciertos los resultados de los referéndums o plebiscitos. Así se explica sin duda el fracaso de la iniciativa del gobernador Hernández Colón, que propuso al pueblo puertorriqueño un referéndum el 8 de diciembre de 1991, para pronunciarse, entre otros asuntos, sobre el respeto a una identidad expresada notablemente a través de la lengua española.

Esta respuesta al engavetamiento en el Congreso estadounidense del proceso de autodeterminación iniciado a partir de 1989 correspondía abiertamente a una estrategia orientada a retar al Partido Nuevo Progresista en una esfera donde sus posiciones eran frágiles. Como precedente de la campaña para el referéndum, se había promulgado la ley que establecía el español como única lengua oficial de la Isla el 5 de abril de 1991. En verdad, el tema relativo al legado cultural hispánico había surgido anteriormente en el transcurso del examen por parte del Congreso federal del proyecto de ley para la organización de un plebiscito sobre el futuro de Puerto Rico, que numerosos legisladores estadounidenses habían inter-

pretado como una voluntad del pueblo puertorriqueño de afirmar su identidad cultural (García-Passalacqua y Rivera Lugo 1991). Al pasar al centro del debate político insular por obra del PPD, este tema de gran sensibilidad se proponía explotar un terreno de particular vulnerabilidad para los anexionistas. Ciertamente, el PNP, como heredero del Partido Republicano—que durante mucho tiempo esquivó la “cuestión cultural” alegando que el federalismo asegura la integración de poblaciones heterogéneas y que la cultura norteamericana constituye en el fondo una forma de solidaridad política que trasciende toda ideología nacionalista (Ramos 1989)—fue moviéndose poco a poco hacia la idea de una cultura puertorriqueña. Para este partido, tal cultura se expresa a través del español, aunque éste debe conformarse con su condición de lengua étnica minoritaria dentro del conjunto norteamericano. Sin embargo, dicha valoración de la cultura puertorriqueña entrará desde entonces en contradicción con el proyecto conservador tal y como se desarrolla en los Estados Unidos, entre los sectores donde el PNP tradicionalmente obtiene su apoyo. Para el PNP, esa contradicción es sumamente difícil de regular, en la medida en que sus bases electorales locales provienen de las capas más pobres de una población muy apegada a la lengua española.

No obstante, la estrategia del PPD desembocó en un fracaso, cuya explicación demuestra la dificultad para articular el proyecto político con el identitario. Más allá de la desaprobación personal del gobernador, la abstención generada por las divisiones internas del PPD y la complejidad del asunto, la victoria del “no” en el referéndum (53% contra 44.9% a favor del “sí”) se explica como resultado de la alianza táctica entre el PPD y el PIP. Esta alianza suscitó desconfianza frente a la perspectiva de una ruptura inminente con los Estados Unidos, hábilmente manipulada por el PNP. Con una campaña supuestamente anclada en las preocupaciones del “hombre de la calle”, el nuevo líder del PNP, Pedro Rosselló, insistió en los riesgos de la supresión de las transferencias federales de las que depende un número creciente de puertorriqueños desde la crisis del ELA a fines de los años setenta y de su modo de regulación socioeconómica. A la inversa, el PPD se esforzó por acentuar la necesidad de obtener la consagración constitucional de los valores culturales puertorriqueños; la tela de fondo de este discurso consistía en el debate sobre la evolución del status. Ocurrió un desfase profundo entre esta campaña y las expectativas de la pobla-

ción, más preocupada por los problemas económicos y sociales ligados al agotamiento del modelo de desarrollo, que por los problemas culturales o institucionales.

Es decir, el PPD no pudo sacar plena ventaja de su estrategia de inversión en el plano cultural; antes al contrario. Ciertamente, el proceso de "americanización" arduamente experimentado en la Isla hasta los años treinta, especialmente a través del sistema de instrucción pública (Negrón de Montilla 1990), no parece haber quebrado el legado cultural hispánico. No es menos cierto, sin embargo, que muchos puertorriqueños, a pesar de un fuerte apego al español, consideran al inglés—hablado por una minoría—como requisito indispensable para el ascenso social. De ahí la dramática campaña montada por el PNP que acusaba al PPD de suprimir este instrumento de promoción social y reducir las oportunidades de una inserción exitosa de la Isla en el sistema federal americano, por un lado y, por el otro, el escaso entusiasmo manifestado por el electorado del PPD hacia la causa defendida por su partido. Un examen cuidadoso de los resultados revela en efecto que el PPD no logró controlar a su electorado en sus zonas tradicionales de influencia. (Sobre este punto, véase Daniel 1991).

A la inversa, el lema "lo mejor de dos mundos" retomado por el PPD durante el plebiscito organizado en 1993 por el gobernador Rosselló, cuyo partido había ganado las elecciones generales de 1992, corrió mejor suerte entre la población. Los resultados del plebiscito del 14 de noviembre fueron los siguientes: autonomía (PPD), 48.7%; anexión (PNP), 46.5%; independencia (PIP), 4.5%. La ideología encarnada por tal lema publicitario parece haber prendido en la sociedad puertorriqueña; pese a las insatisfacciones vinculadas con el status político, presentaba un carácter transpartidista y simbolizaba de cierta manera la lucha de un pueblo por salvaguardar su identidad pero al mismo tiempo preocupado por una mayor viabilidad económica. Además, parecía congruente con los temas dominantes de la campaña electoral, a saber, la ciudadanía, el futuro económico y la cultura.

Más allá de las organizaciones propiamente partidistas, los diversos movimientos sociales y culturales desplegados en la sociedad puertorriqueña dieron cuenta de la dificultad de pasar del plano cultural al político y de sobreimponer la identidad cultural y la política. Porque una cosa es enunciar su identidad particular y denunciar, si fuera el caso, los errores de la política oficial o el estan-

camiento del status; y otra es forzar la adhesión a una identidad política coherente con la lucha así conducida. Muchos ejemplos tienden a mostrar tal dificultad. El movimiento obrero puertorriqueño, pese a la valoración de su historia durante los años setenta, nunca se involucró directamente en la lucha contra el colonialismo. El movimiento de rescate, que se alimentó de numerosas esperanzas en las luchas urbanas, fue oficialmente cooptado por el Estado y ha estado moribundo desde entonces (Cotto 1993). El movimiento a favor de las escuelas comunitarias se convirtió en un simple socio del Estado en la aplicación de las políticas educativas (García Blanco y Colón Morera 1993). En fin, la utilización de formas de la cultura popular como emblemas identitarios por la comunidad negra de Loíza, en el transcurso de su fiesta anual del 25 de julio, en honor a Santiago Apóstol, a partir de procesiones animadas y pintorescas en evocación de un carnaval, nunca ha estado articulada a ninguna lucha directamente política. Es decir, el cuerpo de representaciones constitutivas de las identidades no puede determinar por sí mismo una orientación política.

En Martinica, se pueden establecer constantes análogas a través de las dificultades encontradas por el movimiento de la *créolité* al intentar pasar al plano político y las contrariedades del movimiento independentista. Aquí también, parece difícil articular el proyecto político con el identitario, en una situación no sólo de dominación, sino también de dependencia económica asumida políticamente.

En efecto, los protagonistas del movimiento consideran que la *créolité*, reservada por el momento al "*pleno conocimiento del arte*", tiene una "vocación de irrigar todos los nervios de [la] realidad para convertirse en su motor principal". Los autores del *Eloge de la créolité* añaden en un apéndice al libro:

La reivindicación de la *créolité* no es solamente de naturaleza estética, como hemos visto presenta ramificaciones importantes en todos los ámbitos de actividad de nuestras sociedades y notablemente en los que son sus motores: el Político y el Económico. Ella se articula, en efecto, sobre el movimiento de reivindicación de una soberanía plena y entera de nuestros pueblos, sin reconocerse automáticamente en las diferentes ideologías que han sostenido esta reivindicación hasta nuestros días (Bernabé, Chamoiseau y Confiant 1989:55).

Tal profesión de fe se orienta manifiestamente a hacer de la *créolité* una suerte de matriz de la cual proceden todas las identidades, evadiendo el dilema de las múltiples lealtades evidenciadas en el caso puertorriqueño y tendiendo hacia la realización de un proyecto político centrado en la soberanía. De inmediato se evidencia la dificultad de tal empresa.

En primer lugar, ella supone que el "principio motor" en la base de la *créolité* logra sublimar las numerosas microinvenciones—característica primordial de ésta última—en un proyecto federado orientado a dismantelar la lealtad ciudadana al Estado y producir una nueva utopía movilizadora. Difícil tarea, en vista de que la política en Martinica es elemento fundamental en la construcción de la dependencia que, lejos de ser un fenómeno puramente económico, obedece a una lógica interactiva a escala de la sociedad entera y en sus relaciones con la metrópoli. Toda tentativa de movilización sobre nuevas bases impone pues la necesidad de vencer el potencial atractivo de una dependencia multiforme que constituye las estrategias de los actores sociales y políticos, y cuya transnacionalización a través de las mutaciones en curso de las instituciones europeas multiplica—bajo el imperio... de la dependencia—las opciones ofrecidas a los individuos entre muchos niveles de lealtad. A esta constante se añade el hecho ya apuntado a propósito del caso puertorriqueño, de una gran fluidez y movilidad de las identidades. Instrumentos incontestables de la acción política, éstas evolucionan y se transforman "a merced de los asuntos y las situaciones, pero también en función de las iniciativas tomadas por los actores políticos que representan un elemento decisivo de su estrategia y su rivalidad" (Badie 1992:314).

En el caso de Martinica, dichos actores aseguran, gracias a esas prácticas, la perpetuación de su participación en el poder, del cual obtienen frecuentemente la única esperanza de eficacia política. Se comprende entonces que las soluciones esgrimidas pasan por la producción de una retórica deslegitimadora de las prácticas de las organizaciones políticas tradicionales y valorando las nuevas fórmulas cercanas a las elaboradas por los partidos identitarios. Pienso particularmente en MODEMAS, un movimiento afín a la *créolité*. Pero tal discurso no puede ser movilizador a menos que él mismo sea, más allá del reclamo de valores alternos, un proyecto de conquista de los lugares donde se toman las decisiones. Hecho esto, corre el peligro de retomar a su vez las técnicas y los temas

prestados del modelo universalista que pretende refutar y desembocar, al final de un proceso de involución, en la creación de estructuras modeladas sobre las organizaciones partidistas tradicionales que condena.

En segundo lugar, la sustitución de una nueva identificación por la lealtad ciudadana, la promoción de una identidad política falsamente inscrita contra la proclamada oficialmente a partir de un proyecto que nutre la ambición de trascender la lucha competitiva por el poder y privilegia las formas de movilización y socialización alternas, no pueden efectuarse excepto mediante un discurso con un valor emblemático más que programático. En otros términos, este discurso podrá ser movilizador sólo en la medida en que presente un carácter altamente simbólico.

Conviene añadir que al hacer de la *créolité* una especie de identidad matriz, los protagonistas del movimiento corren el riesgo de reducir la pertenencia política que reivindican y juzgan legítima a una identidad cultural que pretenden, a pesar de sus negativas, auténtica (Giraud 1997). Tal curso de acción lleva forzosamente impresa una forma de culturalismo al punto de postular o descartar una relación de exterioridad, sobre la base de una causalidad unívoca, entre cultura y acción política y dar por sentada una correspondencia entre comunidad política y coherencia cultural (Bayard 1996).

Del mismo modo, las contrariedades actuales del Movimiento Independentista Martiniqués (MIM) se explican mayormente por la imposibilidad de obtener una adhesión mayoritaria a un proyecto político fundado en una concepción de la identidad martiniquesa derivada, en su dimensión cultural, de un cuerpo de representaciones relativamente cerrado sobre sí mismo. Paradójicamente, el éxito electoral del MIM es tanto más importante que las oportunidades de acceder a la soberanía política a la que apela en principio; por lo tanto, sus esfuerzos por imponer una identidad política en perfecta congruencia con la identidad cultural proclamada, parecen ser cada vez más ilusorios. Todo lo cual tiende a relegarlo, en el espacio político insular, a un simple papel de movimiento de protesta, a menos que no asuma los riesgos de una banalización y disolución de su discurso, vinculadas a su participación directa en la gestión pública cotidiana desde marzo de 1998.

Conclusión

Este ensayo constituye un primer intento de comparar a Puerto Rico y Martinica. En ambos territorios, la cuestión político-institucional así como el modelo vigente de desarrollo están en el centro de los debates políticos y simbólicos. Bajo tales circunstancias, las relaciones entre la identidad cultural y la identidad política son particularmente dignas de interés y análisis. Ciertamente, la comparación no puede efectuarse a cabalidad debido a la disparidad de los datos disponibles. Sin embargo, tal comparación tiene el mérito de subrayar varios puntos (que seguramente deberán afinarse o profundizarse) y generar nuevas perspectivas.

En primer lugar, hace falta estudiar, más allá de la esfera política oficial, los espacios sociales donde se reactivan y enuncian las identidades. Los trabajos recientes sobre la experiencia puertorriqueña en esta materia, que aún no se han llevado a cabo en las Antillas francesas, podrían constituir un punto de partida útil. Del mismo modo, el papel desempeñado por las élites o las empresas en la construcción de las identidades es poco conocido en el Caribe francófono. No obstante, las pocas informaciones preliminares reseñadas en este artículo tienden a mostrar que su papel es importante.

En segundo lugar, conviene explorar las relaciones entre las identidades y la cultura popular. Por el momento, es admitido generalmente que la cultura popular es el terreno privilegiado donde surgen las representaciones e identidades colectivas. Aún así, hace falta develar los mecanismos empíricos por los que operan estos procesos.

En fin, es necesaria una reflexión sobre las dificultades encontradas por los movimientos políticos al articular sus proyectos políticos e identitarios. Por ejemplo, ¿en qué medida la fluidez de las lealtades e identidades, a las que se refiere frecuentemente este artículo, influye sobre las estrategias y los discursos de los movimientos que aspiran a la independencia? ¿Cómo explicar que el MIM, en tanto que movimiento apegado a una concepción de la identidad martiniquesa cerrada sobre sí misma, llegó a imponerse en la escena política insular, en un contexto caracterizado por una multiplicación de las pertenencias, una recomposición permanente de identidades poco compatibles con la concepción de la soberanía defendida por dicho movimiento?

NOTAS

1. Este artículo fue traducido del francés por Jorge Duany.
2. Esta es la definición sumamente debatible del término jíbaro que ofrece Augusto Malaret (1955). El vocablo jíbaro sugiere más bien la idea de un campesinado libre, es decir, no esclavo (la esclavitud era numéricamente importante en Puerto Rico para la época en cuestión).

REFERENCIAS

- Babín, María Teresa. (1983). A Special Voice. En Arturo Morales Carrión, ed., *Puerto Rico: A Political and Cultural History*. Nueva York/Nashville: W. W. Norton/Association for State and Local History, pp. 319-365.
- Badie, Bertrand. (1992). *L'Etat importé*. París: Fayard.
- Bayart, Jean-François. (1996). *L'illusion identitaire*. París: Fayard.
- Bernabé, Jean, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant. (1989). *Eloge de la créolité*. París: Gallimard.
- Bernabé, Yves, Viviane Capgras y Pascal Murgier. (1997). Les politiques-culturelles à la Martinique depuis la décentralisation. En Fred Constant y Justin Daniel, eds., *1946-1996: Cinquante ans de départementalisation outre mer*. París: L'Harmattan, pp. 133-151.
- Burton, Richard. (1994). Ki moun nouyé? La question de la différence dans la pensée antillaise contemporaine. En Richard Burton y Fred Réno, eds., *Les Antilles-Guyane au rendez-vous de l'Europe: le grand tournant?* París: Economica.
- Camillieri, Carmel y otros. (1990). *Stratégies identitaires*. París: PUF.
- Chivallon, Christine. (1997). Du territoire au réseau: comment penser l'identité antillaise. *Cahiers d'études africaines* 148 (4):767-794.
- Chivallon, Christine. (1998). *Espace et identité à la Martinique: Paysannerie des momes et reconquête collective, 1840-1960*. París: CNRS-Éditions.
- Constant, Fred. (1993). Les paradoxes de la gestion publique des identités territoriales: à propos des politiques culturelles outre mer. *Revue française d'administration publique* 65:89-99.
- Cotto, Liliانا. (1993). The Rescate Movement: An Alternative Way of Doing Politics. En Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, eds., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*. Boston: South End Press, pp. 119-129.
- Daniel, Justin. (1991). L'Etat Libre Associé de Porto Rico et le référendum du 8 décembre 1991: l'ambiguïté assumée. *Problèmes d'Amérique Latine* 99:31-39.

- Daniel, Justin. (1997). L'espace politique martiniquais à l'épreuve de la départementalisation. En Fred Constant y Justin Daniel, eds., *1946-1996: Cinquante ans de départementalisation outre mer*. París: L'Harmattan, pp. 223-259.
- Dávila, Arlene M. (1997). *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico*. Filadelfia: Temple University Press.
- Duany, Jorge. (1998). Después de la modernidad: debates contemporáneos sobre cultura y política en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales 5* (Nueva Epoca):218-241.
- Flores, Juan. (1993). *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press.
- García Blanco, Ana María y José Javier Colón Morera. (1993). A Community Based Approach to Educational Reform in Puerto Rico. En Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, eds., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*. Boston: South End Press, pp. 157-169.
- García-Passalacqua, Juan Manuel y Carlos Rivera Lugo. (1990). *Puerto Rico y los Estados Unidos: el proceso de consulta y negociación de 1989 y 1990*. Tomo 2. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Gil, Carlos. (1992). Subjetividad nacional y dispositivo cultural de Estado: la legislación cultural puertorriqueña. En Carmen I. Rafucchi, Silvia Alvarez Curbelo y Fernando Picó, eds., *Senado de Puerto Rico, 1917-1992: ensayos de historia institucional*. San Juan: Senado de Puerto Rico, pp. 373-395.
- Giraud, Michel. (1997). De la négritude à la créolité: une évolution paradoxale à l'ère départementale. En Fred Constant y Justin Daniel, eds., *1946-1996: Cinquante ans de départementalisation outre mer*. París: L'Harmattan, pp. 373-403.
- Heine, Jorge y Juan M. García-Passalacqua. (1993). Political Economy and Foreign Policy in Puerto Rico. En Anthony Payne y Paul Sutton, eds., *Modern Caribbean Politics*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp. 199-211.
- Jules-Rosette, Bennneta y Denis-Constant Martin. (1997). Cultures populaires, identités et politiques. *Les Cahiers du CERI 17*.
- Lévi-Strauss, Claude. (1977). *L'identité, Séminaire interdisciplinaire dirigé par Lévi-Strauss, professeur au collège de France*. París: Grasset.
- Malaret, Augusto. (1955). *Vocabulario de Puerto Rico*. Nueva York: Las Américas Publishing.
- Martin, Denis-Constant. (1994). *Cartes d'identité: Comment dit-on "nous" en politique*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

- Martin, Denis-Constant. (1992). Le choix d'identité. *Revue française de science politique* 42 (4):582-593.
- Meléndez, Edgardo. (1991). The Politics of Puerto Rico's Plebiscite. *Caribbean Studies* 24 (3-4):117-150.
- Meléndez, Edwin. (1993). Politics and Economic Reforms in Post-War Puerto Rico. En Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, eds., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*. Boston: South End Press, pp. 79-88.
- Morris, Nancy. (1995). *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity*. Westport: Praeger.
- Muñoz Marín, Luis. (1955). El Estado Nacional en el mundo internacional. Conferencia del Honorable Luis Muñoz Marín, Gobernador de Puerto Rico, 3 de agosto de 1955. Archivos de la Fundación Luis Muñoz Marín, San Juan, Puerto Rico.
- Negrón de Montilla, Aida. (1990). *La americanización en Puerto Rico y el sistema de instrucción pública, 1900-1930*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Ramos, Aarón. (1999). "Patrie" et "citoyenneté": la construction politique de l'identité portoricaine. Manuscrito inédito en vías de publicación.
- Ramos, Aarón. (1996). Porto Rico et les Etats-Unis: la crise du compromis territorial. En Justin Daniel, ed., *Les îles caraïbes: Modèles politiques et stratégies de développement*. París: Karthala, pp. 105-132.
- Ramos, Aarón Gamaliel. (1989). *Las identidades del anexionismo moderno*. Centro de Investigaciones del Caribe y América Latina (CISCLA), Documento de Trabajo n° 38, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto de San Germán.
- Sablé, Victor. (1955). *La transformation des isles d'Amérique en départements français*. París: Editions Larose.
- Suvélor, Roland. (1983). Eléments historiques pour une approche socioculturelle. *Les Temps Modernes* 39 (441-442):2174-2208.
- Taboa, Leonetti. (1990). Stratégies identitaires et minorités: le point de vue du sociologue. En Carmel Camillieri y otros, eds., *Stratégies identitaires*, París: PUF, pp. 43-83.

RESUMEN

Este ensayo examina las estrategias identitarias desplegadas en Puerto Rico y en Martinica. El campo geográfico seleccionado para el análisis no es fortuito: corresponde a las experiencias de los territorios dependientes en el Caribe, donde las relaciones complejas entre identidad cultural e identidad política pueden analizarse en términos parecidos. El autor pone el acento sobre las estrategias movilizadas por las élites políticas en el marco de los fenómenos de construcción identitaria, sin olvidar los múltiples lugares, espacios sociales y formas simbólicas a partir de los cuales las identidades pueden competir y desafiar los discursos oficiales. El artículo está organizado en torno a tres partes: la construcción de identidades colectivas en las dos islas, el proceso de politización de estas identidades y una discusión del carácter hipotético de todo intento de sobreimponer la identidad cultural y política en estas sociedades. [**Palabras clave:** identidad cultural, identidad política, estrategias identitarias, descolonización, territorios dependientes del Caribe.]

ABSTRACT

This essay examines the identity strategies deployed in Puerto Rico and Martinique. The geographic field chosen for this analysis is not gratuitous: it corresponds to the experiences of the dependent territories of the Caribbean, where the complex relations between cultural identity and political identity can be analyzed in similar terms. The author stresses the strategies mobilized by political elites within the context of the construction of identities, without overlooking the multiple sites, social spaces, and symbolic forms from which identities may compete and defy official discourses. The article is organized around three sections: the construction of collective identities in both islands, the process of politization of these identities, and a discussion of the hypothetical character of all attempts to impose an equivalence between cultural and political identity in these societies. [**Keywords:** cultural identity, political identity, identity strategies, decolonization, dependent territories of the Caribbean.]